

Capítulo IX

El paradigma de un misionero

... Su discurso en la cátedra fue el más escuchado en la Nueva España, pero también mató al león de la sierra, construyó un barco en el desierto y desafió al mejor luchador indígena...

Las hazañas

El padre Juan de Ugarte Vargas, nacido en 1662 en Tegucigalpa, Honduras, ingresó a la orden jesuita en México en 1679, y su clara inteligencia lo llevó pronto a impartir la cátedra de filosofía en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo; conoció entonces a Kino y Salvatierra, a quienes se unió en el proyecto misionero de California recaudando donativos para su realización¹, y como se mencionó en el capítulo anterior, viajó a Loreto en marzo de 1701, a donde arribarían poco después los padres Juan Manuel Basaldúa y Jerónimo Minutuli.



A. Ponce Aguilar

Vista lateral de la misión de San Francisco Javier.

Fueron muy diversas las nacionalidades y orígenes de los primeros religiosos que acudieron a Baja California, y resulta imposible delinear un perfil que muestre cómo eran aquellos hombres, pero es en la personalidad de Juan de Ugarte donde se aprecian los atributos que distinguieron a los más nobles misioneros jesuitas de esa época, por lo que es conveniente hacer una somera relación de su obra y acciones, como ejemplo representativo del trabajo que aquellos hombres realizaban.

En 1701, el padre Pícolo viajó a la ciudad de México para gestionar la ayuda del virrey y de los bienhechores de la Compañía, por lo que el padre Ugarte quedó encargado de la misión de San Javier, pues era importante afianzar aquel centro religioso que contaba con agua y buenos pastos.

Cuando llegó al lugar, deseoso de granjearse la confianza de los gentiles, despidió a los soldados que lo acompañaban y que tenían la obligación de estar con él para ayudarlo y protegerlo, y se quedó solo, con los indios, dispuesto a cualquier sacrificio y aun a la muerte, pues sabía del serio peligro que corría tomando en cuenta el reciente ataque de que había sido objeto la misión. Sin embargo, después de un día en el que nadie se acercó, fueron acudiendo poco a poco los habitantes de las rancherías cercanas hasta que, convencidos por la bondad que inspiraba el misionero, regresaron todos a la doctrina y a las labores a las que fueron introduciéndose paulatinamente por el padre Ugarte. Las actividades rutinarias para los indios eran: 1º., oír misa a temprana hora; 2º., desayunar pozole; 3º., trabajar casi siempre en la labranza de la tierra o construyendo adobes y habitaciones; 4º., regresar a comer; 5º., rezar el rosario, 6º., explicar la doctrina y 7º. cenar. Cuando no había mucho trabajo pendiente, los nativos podían realizar sus quehaceres acostumbrados como pescar, cazar y recolectar los frutos del campo.

A pesar de que Ugarte era un intelectual cuyo discurso había sido escuchado con atención por teólogos y gobernantes, y que había dictado cátedra en los más importantes colegios, renunció a todo para aislarse con los californios por 30 años, hasta su muerte. Su especial temperamento se muestra en un episodio acaecido en sus primeros años en San Javier, cuando, estando frente a un grupo de gentiles, en varias ocasiones se había relajado la disciplina y la atención por las risotadas y burlas de los indios; sabiendo Ugarte que algo que sí respetaban aquellos hombres era el valor y la fuerza, y recordando que una vez le habían mencionado la habilidad de sus luchadores, les preguntó quién era el más fuerte y valeroso; cuando fue identificado por sus compañeros, el misionero se dirigió a él, lo cogió del brazo y se lo apretó hasta que lo obligó a gritar por el dolor; entonces, mirando calmadamente a todos los del grupo dijo: *Vaya, no es capaz de luchar conmigo quien no puede sufrir un dolor tan ligero.*²

En otra ocasión, yendo en su mula por el monte, a unos 10 Km. de la misión se topó con un león, el *chimbiká* de los cochimíes, animal que según la tradición de los californios, no podía cazarse por el riesgo que esto implicaba, y por la creencia generalizada de que la muerte del cazador era el precio que se pagaba por matar al león de la montaña.. Cuando el religioso vio al animal, se apeó cautelosamente de su bestia, y teniendo a la mano una pesada piedra la arrojó con toda su fuerza a la cabeza del león, que cayó moribundo y pudo ser rematado ya sin peligro. Relataba Ugarte que con el fin de que la mula aceptara tan incómoda carga, tuvo que subir el cuerpo del animal a la rama de un árbol y desde allí descolgarlo sobre la grupa de su cabalgadura, que arrancó corcoveando hasta llegar a la misión. Cuando los indios vieron al jesuita y la carga que llevaba se admiraron grandemente de su valor, y en lo sucesivo le prodigaron gran respeto, aparte de que comprendieron que nadie moriría por matar a un león. Estas casi leyendas quizá no pueden considerarse totalmente verosímiles, pero sí reflejan la personalidad polifacética del misionero y su carácter decidido.

El padre Ugarte tenía deseos de explorar el Golfo de Cortés para obtener informaciones que ayudaran al establecimiento de misiones que se encadenaran entre Sonora y California. Para llevar a la práctica su idea necesitaba una embarcación ligera y resistente, y al no contar con ella ni con los medios para adquirirla decidió hacerla él mismo, con la ayuda de sus neófitos. Trajo entonces de la Nueva España a un técnico en construcción naval, buscó y encontró de dónde sacar la madera que se necesitaría en un lugar situado a más de 200 Km. al noroeste de Loreto, en un bosque de guaribos, nombre de una variedad de álamos que crecían en profundas cañadas de la sierra, se acarreó la madera hasta Mulegé, y poco a poco, con la ayuda de un maestro y varios oficiales se le

fue dando forma a la embarcación, finalmente, el 14 de septiembre de 1719, en la desembocadura del arroyo de San José de Magdalena, se botó al mar la balandra “El Triunfo de la Cruz”, que llegó a realizar 120 travesías por el golfo en los siguientes 25 años después de su botadura, prestando un invaluable servicio a la causa misionera de los jesuitas.

La firme determinación del padre Ugarte por trabajar en estas tierras aun a costa de cualquier riesgo y sacrificio, se puso de manifiesto cuando, a poco de su llegada a California, agobiados todos por las graves carencias que se padecían, el padre Salvatierra le propuso abandonar California y esperar mejores tiempos para reanudar su labor; al escucharlo, Ugarte se arrodilló ante la virgen de Loreto y prometió que él jamás abandonaría la obra que con tantos sacrificios se iba logrando, por lo que Salvatierra, conmovido, renunció a su intento y los jesuitas siguieron en sus misiones.

Estando en San Javier, el padre Ugarte enseñó a sus neófitos a construir represas para el riego de las siembras, lo que le permitió introducir a los indios a la agricultura; sembraron maíz, trigo, frijol, garbanzo, melones y sandías; plantó limoneros y vid, y elaboró vino de su cosecha; por varias temporadas la misión fue autosuficiente en granos, y así lo expresó el misionero con cierta vanidad, justificable por cierto, en una carta que en 1707 dirigió al fiscal de Guadalajara, en la que decía: *Gracias al Señor que ya llevamos aquí dos meses de estar comiendo buen pan de trigo de nuestra cosecha, juntamente con todos los soldados y marineros, al mismo tiempo que se mueren de hambre los padres de Sonora y Sinaloa, ¿Quién lo creyera?..*³.

Pero cuando las condiciones llegaron a ser adversas, personalmente participó con los indios de la misión en la pesca y recolección de frutos y raíces para poder alimentarse, lo que aumentó el respeto y cariño que todos le profesaban. Es posible que si este intento de Ugarte por buscar alimentos como lo hacían los primitivos californios se hubiera sistematizado o se hubiera practicado cotidianamente por los españoles⁴, el constante problema de la falta de comida no hubiera sido tan grave; enseñó a los nativos la cría y aprovechamiento de vacas, cabras, ovejas, aves de corral y caballos; los acostumbró a la explotación comunal de un campo que era de todos, al mismo tiempo que cada quién tenía su pequeña parcela particular; enseñó a muchos el uso de la rueca y los telares, para lo cual trajo desde Tepic al maestro Antonio Morán, los hombres aprendieron albañilería, y bajo la dirección del religioso construyeron la iglesia y sus casas, además de que algunos aprendieron el labrado de maderas duras para la ornamentación del templo; dispuso la construcción de un hospital así como escuelas para niños y niñas. En 1703 hizo una breve exploración por la costa occidental del sur de la península buscando un puerto para el galeón de Manila, y en 1721 navegó en la balandra “El Triunfo de la Cruz” hasta el extremo norte del Golfo de Cortés, de lo cual se hablará más adelante.

En 1708, acompañado por el padre Salvatierra, gracias a los donativos del marqués de Villapiente fundó la misión de San José de Comondú, en 1720 la de Nuestra Señora del Pilar de la Paz, y ese mismo año la de Nuestra Señora de Guadalupe o Guadalupe Huasinapí, hacia la sierra. Sobre la fundación de la misión de La Paz, hay que aclarar que desde 1716 el padre Salvatierra la había intentado, pero sin lograrlo por la gran desconfianza de los guaycuras hacia los españoles, pues quizá recordaban todavía el cañonazo que 30 años antes les había disparado Atondo. Además, los atropellos de los pescadores de perlas en su contra eran frecuentes, a todo lo cual se sumó el incidente que enseguida se narra: cuando Salvatierra había llegado a La Paz con el fin de darse a conocer entre los gentiles, iba acompañado de algunos de sus neófitos quienes, al ver que un grupo de indios huía de la comitiva del religioso, golpearon a unas mujeres guaycuras para obligarlas a que escucharan al misionero, lo que agudizó el resentimiento contra los intrusos. Sin embargo, en 1720, y gracias a la dotación que hizo el marqués de Villapiente, Ugarte, auxiliado por el padre Jaime Bravo, plantó por fin la misión de La Paz en donde no sólo obtuvo la amistad de los

guaycuras, sino también la estimación de los isleños que vivían en San José y Espíritu Santo; a los tres meses Ugarte pudo regresar a Loreto y el padre Bravo quedó residiendo en la misión.

Poco después fue Ugarte a Guasinapí, lugar de la sierra situado al noroeste de Loreto de donde había sacado los troncos de guaribo para hacer su barco, y al confirmar la buena disposición de los naturales hacia el cristianismo, envió al padre Everardo Helen a fines de 1720 para que fundara la misión que recibió el nombre de Guadalupe Guasinapí, en la cual el misionero alemán desarrolló una gran labor durante 15 años.

Muerte de Salvatierra

En 1717 el virrey don Baltazar de Zúñiga, marqués de Valero y duque de Arión, pidió al padre Salvatierra que le informara personalmente sobre el estado de las misiones y de la California en general, además de que, en atención a los deseos de su majestad Carlos V, debería escribir una Historia de California. La salud del misionero era precaria, pero aun así se embarcó hacia Matanchel, de donde prosiguió el penoso viaje a Guadalajara⁵, aquí se alojó en el colegio en el que había sido rector y maestro, su estado de salud se agravó y murió probablemente el sábado 19 de julio de 1717, después de dolorosa agonía causada por cálculos en vías urinarias. Sus restos fueron sepultados en el presbiterio de la capilla de Nuestra Señora de Loreto del propio colegio en aquella ciudad⁶. Salvatierra escribió cuatro cartas que han sido publicadas en el libro de don Miguel León-Portilla “Loreto, Capital de las Californias”, tres de las cuales dirigió a sus benefactores y otra al padre Juan de Ugarte, ésta última la de mayor interés, fechada en Loreto el 27 de noviembre de 1697, en la que narra las experiencias que tuvieron los españoles en sus primeros encuentros con los californios, incluyendo un ataque al improvisado campamento. La obra de este misionero es una de las más importantes en la penetración cultural española en Baja California. Al morir el padre Salvatierra quedó como superior de la California el padre Juan de Ugarte, quien siguió infatigable fundando misiones, haciendo exploraciones y enseñando el Evangelio a los californios.

La exploración por el golfo

Ugarte deseaba comprobar si California era península o isla, además de que, como se ha mencionado antes, quería reconocer el territorio hasta la región del Colorado para poder llegar a establecer misiones que se comunicaran por tierra con las de Sonora. Con este objetivo, el 15 de mayo de 1721 zarparon de Loreto en el Triunfo de la Cruz y en el esquife Santa Bárbara⁷; en el primero 6 españoles y 13 californios, y en el esquife 2 filipinos y 6 indios. Hicieron rumbo al norte y a los pocos días llegaron a Santa Sabina, en la costa sonorensis, para abastecerse de víveres y proseguir su viaje; aquí fueron tratados bien por los seris, quienes les ayudaron en todo. Antes de continuar el viaje el padre Ugarte se dio tiempo, a solicitud de los nativos, de visitar a sus familiares en una isla cercana; fue recibido amistosamente, aceptó los saludos y reverencias que le hicieron en una cabaña en que lo alojaron, y después de pedirles que se acercasen a la más próxima misión para que los prepararan a fin de recibir el bautismo, regresó a la costa para embarcar las provisiones.

El 2 de julio zarparon de nuevo, y después de algunos problemas en la navegación llegaron a costas californianas; allí se encontraron indios que aunque al principio se manifestaron hostiles, cambiaron de actitud con los pequeños obsequios y el trato amistoso de los expedicionarios. El 5 de julio tocaron la bahía que bautizaron como San Felipe de Jesús, actual puerto de San Felipe⁸. Prosiguieron hacia el norte sin localizar puertos abrigados, y finalmente llegaron a las bocas del río, primero cerca de la costa sonorensis y después del lado de la península; con el reconocimiento que hicieron se dieron cuenta que los litorales de Sonora y California llegaban hasta la desembocadura del río, que no había ningún estrecho marítimo al norte, y que por lo tanto esta tierra era una

península. El piloto inglés, Guillermo Stratford, se acercó en el esquife a algunos puntos de la costa, ya que Ugarte no lo hizo por encontrarse enfermo, y con los datos registrados pudo hacerse después una carta que sería de gran utilidad para la navegación en esa parte del golfo.

El 16 de julio iniciaron el regreso, y con grandes dificultades y mucho retraso, causados por corrientes contrarias, sobre todo en el canal formado por las islas Salsipuedes⁹, en una de las cuales tuvieron que detenerse, finalmente pudieron arribar al puerto de La Concepción, de donde pasaron a la misión de Mulegé para recuperarse un poco; en este lugar el padre Sebastián Sistiaga les proporcionó toda clase de atenciones, y poco después zarparon hacia Loreto, en donde anclaron en septiembre de 1721, con la grata sorpresa de que ya había llegado el esquife, que tiempo atrás habían perdido de vista.

El padre Juan de Ugarte siguió trabajando con los californios hasta su muerte¹⁰, acaecida en la misión de San Francisco Javier Viggé, a los 68 años de edad, el 29 de diciembre de 1730, lugar en el que fue sepultado. En atención a su obra y virtudes, ha sido llamado por el padre Francisco Javier Alegre “Apóstol, Padre y Atlante de la California”, lo que es un mínimo homenaje a su memoria, que merece mucho más. Dejó escritos *Noticia del viaje de la balandra nombrada El Triunfo de la Cruz, hecho en 1709 al Golfo de Californias y costa del sur de América Septentrional*, y *Diario, relaciones y cartas de las cosas de Californias*, manuscritos que sirvieron a Miguel Venegas en la elaboración de su *Noticia de la California*.



Padre Juan de Ugarte

¹ Al término de una carta que escribió Salvatierra a Ugarte desde Loreto el 27 de noviembre de 1697 le decía: *Y así aliente Vuestra Reverencia a los fieles cristianos, en especial a los liberalísimos republicanos de la imperial ciudad de México, para que nos socorran en estos primeros años para la fundación permanente de la santa fe en este reino...* Leon-Portilla, op.cit., p. 121.

² Francisco Xavier Clavijero, op. cit., p. 110.

³ *Ibidem*, op. cit., p. 112.

⁴ No se sabe de otros misioneros fuera de Salvatierra y Ugarte que, cuando menos por algún tiempo, se hayan dedicado a organizar la pesca y la recolección al estilo de los nativos para resolver el problema de la alimentación.

⁵ Según M. Venegas, eran tan intensos los dolores que padecía Salvatierra con cualquier movimiento del cuerpo, que tuvo que ser llevado desde Matanchel a Guadalajara, por casi todo el camino, “en hombros de indios” que se iban alquilando en los pueblos, recostado en una especie de litera portátil que los naturales llaman *tlapeztli*.

⁶ Venegas afirma que fue hasta ocho años después de su muerte, cuando los restos de Salvatierra, por orden del provincial Gaspar Rodero, fueron llevados al presbiterio de la Santa Casa. Edición Crítica de la Vida del V. P. Juan María de Salvatierra, escrita por el V. P. César Felipe Doria. Alfonso René Gutiérrez. Ocelote, Servicios Editoriales, S. A. de C. V., México, D. F., 1997, p. 234.

⁷ Por lo que dice Clavijero, tal parece que el esquife Santa Bárbara fue construido junto con el Triunfo de la Cruz.

⁸ Hay la opinión de algunos autores de que fue Consag quien en 1746 puso el nombre de San Felipe al puerto del desierto.

⁹ Las islas que forman el Canal de Salsipuedes a la altura de Isla Tiburón son, de norte a sur, y también en orden de tamaño, Salsipuedes, Las Ánimas y San Lorenzo.

¹⁰ Juan de Ugarte trabajó 30 años en Baja California.